

embargo, antes de salir, dirigió Fauchery una última ojeada al salón. Vandeuves había vuelto á ocupar su sitio entre las señoras, bromeando con Leónida de Chzelles. El conde Muffat y el marqués de Chouard se mezclaban en la conversación, mientras que la buena señora Hugón se dormía con los ojos abiertos. Oculto tras de las faldas, el señor Venot, acurrucado de nuevo, había recobrado su sonrisa. Las doce sonaron lentamente, en la vasta y solemne estancia.

—¡Cómo! ¡cómo!—repetía la señora Du Joncquoy, —¡suponéis que el conde de Bismarck nos declarará la guerra y nos batirá!... ¡Oh! ¡eso pasa ya de rayal!

Refase, en efecto, alrededor de la señora Chantereau, que acababa de repetir esta idea, oída por ella en Alsacia, donde su marido poseía una fábrica.

—Por fortuna, ahí está el Emperador,—dijo el conde Muffat con su gravedad oficial.

Esta fué la última frase que pudo oír Fauchery, mientras cerraba la puerta, después de haber mirado otra vez más á la condesa Sabina. Esta hablaba resadamente con el jefe de sección, y parecía interesarse en la conversación del hombre gordo. Decididamente se había equivocado; no había rajadura. ¡Era una lástima!

—Y bien, ¿no bajas?—preguntaba la Faloise desde el vestibulo.

Y, en la acera, al separarse, todavía repetían:

—¡A media noche, en casa de Naná!

IV.

Desde por la mañana, Zoé había puesto la casa á disposición de un mayordomo del restaurante Brébant, que llegó con un séquito de marmitones y mozos. Brébant era quien debía suministrarlo todo: cena, vajilla, cristalería, mantelería, flores y hasta sillas y taburetes. Naná no hubiera encontrado ni una docena

de servilletas en el fondo de sus armarios, no habiendo tenido todavía tiempo de montar su casa bajo el pie que le correspondía; y desdeñando, además, ir al restaurante, había preferido hacer que el restaurante viniese á su casa. Esto le parecía más de buen tono.

Quería festejar su gran triunfo de actriz con una cena que diese que hablar. Como quiera que el comedor fuese demasiado pequeño, el mayordomo había puesto la mesa en el salón, donde cabían veinticinco cubiertos, estrechándose un poco.

—¿Está listo todo?—preguntó Naná, cuando regresó á media noche.

—¡Ah! ¡qué sé yo!—contestó brutalmente Zoé, que parecía fuera de sí.—A Dios gracias, no me ocupo de nada; están haciendo un destrozo en la cocina y en toda la casa... Además he tenido que enfadarme. Los otros han venido también, y, á fe mía, les he echado á la calle.

Hablaba de los dos antiguos señores de la señora, del negociante y del valaco, á quienes Naná se había decidido á dar pasaporte, segura de su porvenir, y deseando echar piel nueva, como decía.

—¡Vaya que lapas!—murmuró.—Si vuelven, amenazades con ir á buscar al Comisario.

Después, llamó á Daguinet y á Jorge, que se habían quedado rezagados en el recibimiento colgando sus gabanes.

Los dos se habían encontrado en la puerta de salida de las artistas, pasaje de los Panoramas, y á los dos se los llevó consigo á casa, en un coche. Como aun no había llegado nadie, les dijo que entrasen en el tocador, mientras Zoé la arreglaba. A prisa, sin cambiar de traje, hizose retocar el peinado, y se puso unas cuantas rosas blancas en el moño y en el corpiño. El tocador se hallaba obstruido con muebles de salón, que habían tenido que meter allí, amontonados: veladores, canapés y sillones con los pies en el aire; y ella estaba ya dispuesta, cuando su fal-

da se enganchó en una de las ruedecillas, rasgándose. Entonces, furiosa, echó un terno; á nadie más que á ella le pesaban estas cosas. Llena de rabia, se quitó su bata, una bata de seda blanca muy sencilla, y tan flexible y fina, que se le adaptaba como una camisa. Pero al momento volvió á ponérsela, no encontrando ninguna de su gusto, llorando casi y diciendo que estaba vestida como una trapera. Daguenet y Jorge hubieron de prender el desgarrón con alfileres, mientras Zoé le arreglaba nuevamente el peinado. Los tres apresurábanse en torno de ella, sobre todo el adolescente, arrodillado, palpándole las faldas. Y ella acabó por calmarse, cuando Daguenet le aseguró que no habían dado aún las doce y cuarto; de tal manera había despachado el tercer acto de la «Rubia Venus», comiéndose bocadillos y saltando coplillas.

—Aun sobra para ese hato de imbéciles,—dijo la joven.—¿Habéis visto? ¡Qué fachas había esta noche!... Zoé, hija mía, esperaréis aquí. No os acostéis, tal vez necesite de vos... ¡Demonche! ya era tiempo. Está llegando gente.

Y se escapó. Jorge que continuaba arrodillado, rozando el suelo con el faldón del frac, se ruborizó viendo que Daguenet le miraba. Sin embargo, entre los dos habíase establecido rápidamente una afectuosa simpatía. Arreglaron el lazo de su corbata delante del armario-espejo, y se dieron mutuamente una mano de cepillo, porque estaban completamente blancos del roce de Naná.

—Parece azúcar,—murmuró Jorge, con su risa de nene glotón.

Un lacayo, alquilado por una noche, introducía á los convidados en el saloncito, donde sólo habían dejado cuatro sillones, para que cupiese más gente. Del gran salón contiguo salía un ruido de vajilla y cubiertos, mientras que, por debajo de la puerta, relucía una línea de viva claridad. Naná, al entrar, en-

contró instalada ya en uno de los sillones á Clarita Besnus, que había venido con la Faloise.

—¡Cómo! ¿tú la primera?—dijo Naná, que la trataba con familiaridad, desde la noche de su triunfo.

—¡Oh! ¡se lo debes á él!—respondió Clarita.—Siempre tiene miedo de llegar tarde... A haberle creído, ni me hubiera tomado tiempo para quitarme el colorete y la peluca.

El joven, que visitaba á Naná por vez primera, inclinábase y la felicitaba, hablando de su primo, y ocultando su turbación bajo una exageración de finura. Pero Naná, sin escucharle, sin conocerle, le estrechó la mano; en seguida, se adelantó vivamente al encuentro de Rosa Mignon, y con perfecta distinción:

—¡Ah! ¡querida señora! ¡cuán amable habéis sido! ¡Deseaba tanto veros en mi casa!

—¡No menos lo deseaba yo, os lo aseguro!—dijo Rosa, con la mayor amabilidad.

—Sentáos... ¿necesitáis algo?

—No, gracias... ¡Ah! ¡he dejado mi abanico en el abrigo! Steiner; mirad en el bolsillo derecho.

Steiner y Mignon habían entrado tras de Rosa. El banquero salió y reapareció al momento con el abanico, mientras que Mignon, fraternalmente, abrazaba á Naná y obligaba á Rosa á que la abrazara también. ¿No forman, acaso, todos una misma familia en el teatro? Después guiñó los ojos, como para alentar á Steiner; pero éste, turbado por la mirada penetrante de Rosa, se limitó á depositar un beso en la mano de Naná.

En este momento, compareció el conde de Vandevres, con Blanca de Sivry. Hubo un trueque de cortesías. Naná, del todo ceremoniosa, condujo á Blanca á un sillón. Entre tanto, Vandevres refería viendo que Fauchery quedaba disputando abajo, porque el portero se había negado á permitir que entrase el coche de Lucy Stewart. En la antecámara oyóse á Lucy, que trataba al portero de marrano... Pero, cuan-

do el lacayo hubo abierto la puerta adelantóse con su gracia risueña, se anunció á sí misma, y estrechó las dos manos de Naná, diciéndole que le había sido simpática, desde el primer momento y que encontraba en ella un talento notable. Naná, hinchada con su nuevo papel de señora de casa, daba las gracias, confusa de veras. Sin embargo, parecía preocupada desde la llegada de Fauchery. Así, pues, cuando pudo aproximarse á él, le preguntó, en voz baja:

—¿Vendrá?

—No, no ha querido,—respondió brutalmente el periodista cogido de improviso, aun cuando había preparado toda una historia para explicar la negativa del conde Muffat. Pero, advirtiendo su majadería, al ver la palidez de la joven, procuró enmendar la frase:

—No ha podido; acompaña esta noche á la condesa al baile del ministro del Interior.

—Está bien,—murmuró Naná, que dudaba de la buena voluntad del periodista.—¡Ya me la pagarás!

—¿Esas tenemos?—repuso éste resentido de la amenaza.—¡No me gustan tales encargos! Dirigete á Labordette.

Los dos se volvieron la espalda, incomodados. Precisamente, Mignon empujaba á Steiner hacia Naná, y cuando ésta estuvo sola, le dijo, con el cinismo bonachón de un compadre que quiere complacer á un amigo:

—Está muriéndose por vos... ¡pero le tiene un miedo á mi mujer! ¿Verdad que le defenderéis?

Naná aparentó no comprender. Sonreía, y miraba á Rosa, á su marido y al banquero: después dijo á éste:

—Señor Steiner, os sentaréis á mi lado.

En esto, surgieron de la antecámara risas, cuchicheos, una bocanada de voces alegres y parlanchinas, como si estuviera allí todo un convento escapado. Y apareció Labordette, llevando tras de sí á cinco mujeres: «su colegio en peso» según la maligna frase de Lucy Stewart. Allí venían Gagá, majestuosa, con ves-

tido de terciopelo azul, que la oprimía; Carolina Héquet, siempre de fraile negro ornada de encajes: después Lea Horn, empaquetada como de costumbre, la gruesa Tata Nené, una rubia bonachona con pechos de nodriza, que eran tema incesante de broma; y, finalmente, la pequeña María Blond, una jovencita de quince años, flaca y viciosa como un granuja, que acaba de debutar en las Folies.

Labordette había traído todo esto en un solo coche, y ellas estaban aún riéndose de haber venido tan apretadas llevando á María Blond sobre sus rodillas. Pero, de repente, se mordieron los labios, cambiando apretones de manos y saludos, muy «comme il faut.» Gagá se hacía la niña, ceceando por exceso de buen tono. Unicamente Tatá Nené, á quien durante el camino habían contado que servían la cena de Naná seis negros, completamente desnudos, inquietábase y pedía verlos. Labordette la trató de pava, rogándole que se callara.

—¿Y Bordenave?—preguntó Fauchery.

—¡Oh! ¡figuráos si estaré desolada!—exclamó Naná,—¡no podrá venir!

—Sí,—dijo Rosa Mignon,—ha dado un resbalón en una de las trampillas y se le ha torcido un pie... Si le oyeseis echar tacos y reniegos, con la pierna ligada y extendida sobre una silla.

Entonces, todo el mundo compadeció á Bordenave. Sin Bordenave, no se concebía una buena cena. En fin, procurarían pasar sin él. Y hablaban ya de otro asunto, cuando se dejó oír una voz gruesa.

—¡Cómo! ¡cómo! ¿así se me entierra?

Hubo una exclamación general, y todos volvieron la cabeza. Era Bordenave, enorme y muy colorado, con la pierna rígida, de pie en el umbral, donde se apoyaba en el hombro de Simona Cabiroche. Por entonces, era el querido de Simona. Esta muchacha que

había recibido esmerada educación, que tocaba el piano y hablaba el inglés, era una rubita tan delicada, que se doblegaba al rudo peso de Bordenave, sonriente y sumisa, sin embargo. El empresario se mantuvo inmóvil algunos segundos, comprendiendo que los dos formaban cuadro.

—¿Qué tal? ¿aun decís que no os quiero?—continuó.—¡Á te mña! ¡he tenido miedo de aburrirme y me he dicho: Vamos allá!...

Mas interrumpióse, para soltar un reniego!

—¡Voto á!

Simona había dado un paso demasiado largo, lastimándole el pie. Bordenave le dió un empujón. Ella sin dejar de sonreír, bajando el rostro como animal que teme ser zurrado, le sostenía con todas sus fuerzas de mórbida rubita. Por lo demás, en mitad de las exclamaciones, todos se daban prisa. Naná y Rosa Mignon acercaron una butaca en la que Bordenave se dejó caer, mientras las demás mujeres le colocaban una segunda butaca debajo de la pierna. Y todas las actrices que allí estaban le abrazaron, con la mayor naturalidad. El gruñía y suspiraba:

—¡Voto á...! ¡voto á...! En fin, el estómago está sólido; ya lo veréis...

Habían llegado más convidados. Era imposible dar un paso en el saloncito. Los ruidos de vajilla y cubiertos habían cesado; actualmente, venía del salón el rumor de una querrela, destacándose la voz furiosa del mayordomo. Naná, no esperando ya á más invitados, impacientábase, admirándose de que no comenzara el servicio. Había enviado á Jorge á que se enterase de lo que ocurría, cuando quedó altamente sorprendida viendo entrar todavía más gente, hombres, y mujeres, á quienes no conocía. Entonces, algo perpleja, interrogó á Bordenave, Mignon y Labordette, los cuales no los conocían tampoco. Dirigióse al conde de Vandevres, y éste se acordó de repente: eran los jóvenes que había reclutado en casa del conde Muffat,

Naná le dió las gracias. Muy bien, perfectamente. Eso sí, estarían apretaditos. Y rogó á Labordette que hiciese añadir siete cubiertos. Apenas éste había salido, anunció el lacayo otras tres personas. No; esta vez la cosa iba siendo ridícula; imposible que cupiesen. Naná, que empezaba á incomodarse, decía, con aire de señorona, que aquello era una inconveniencia. Pero, viendo llegar aún á dos más, se echó á reír, encontrando chusco el lance. ¡Tanto peor! se acomodarían como pudiesen. Todas estaban en pie; solo Gagá y Rosa Mignon se hallaban sentadas, pues Bordenave acaparaba dos sillones. Las voces zumbaban; hablábase bajo, sofocando ligeros bostezos.

—Oye, hija mía,—exclamó Bordenave:—¿no te parece que podríamos pasar al comedor? Está completa ya la reunión: ¿verdad?

Y paseaba sus miradas de uno á otro lado. Pero, de repente, se puso seria, como admirada de no ver á alguien. Sin duda faltaba un convidado, del que no hacía mención. Era preciso esperar. A los pocos minutos, los presentes percibieron en medio de ellos á un caballero alto, de noble apostura y hermosa barba blanca. Y lo más sorprendente era que nadie le había visto entrar; debía haberse deslizado en el saloncito por una puertecita de alcoba, que quedara entreabierta. Reinó un silencio, y circularon cuchicheos. El conde de Vandevres sabía, con seguridad, quién era aquel caballero, pues los dos habían cambiado un discreto apretón de manos; pero sólo contestaba con una sonrisa á las preguntas de las mujeres.

Entonces, Carolina Héquet, á media voz, apostó que era un lord inglés, que al siguiente día regresaba á Londres para casarse; le conocía perfectamente, había sido su querido de un día. Y esta historia corría entre las damas; únicamente, María Blond pretendía, por su parte, reconocer en él á un embajador alemán, que dormía á menudo con una amiga suya. Entre los hombres, se le juzgaba en rápidas frases. Pa-

recía un hombre formal. Tal vez era él quien pagaba la cena. Probablemente. Lo habían oído. ¡Bah! con tal de que la cena fuese buena! Por último, quedaron en la duda, y olvidaban ya al anciano de blanca barba, cuando el mayordomo abrió la puerta del salón:

—La señora está servida.

Naná había aceptado el brazo de Steiner, sin advertir, al parecer, un movimiento del anciano, que echó á andar en pos de ella, completamente solo. Por lo demás, no pudo organizarse el desfile. Hombres y mujeres entraron á la desbandada, bromeando con bonachona complacencia sobre esta falta de ceremonias. Una larga mesa ocupaba de uno á otro extremo de la habitación, vacía de muebles, y esta mesa era aún demasiado pequeña, pues los platos se tocaban. Cuatro candelabros de diez bujías iluminaban el servicio, sobre todo uno de plaqué, con guirnaldas de flores á uno y otro lado. Era aquel un lujo de restaurante, porcelana de filetes dorados, sin cifras, cubiertos usados y deslumbrados por continuos lavatorios, copas cuyas docenas desaparejadas podían completarse en cualquier bazar. Transcendía á banquete improvisado demasiado prematuramente, en medio de una fortuna súbita, con la casa todavía desmantelada. Faltaba allí una araña; los candelabros, cuyas bujías estaban demasiado altas y con poca mecha, difundían una claridad amarillenta y pálida sobre las compoteras, las pilas de platos, y las fuentes donde las frutas, los pasteles y los dulces alternaban simétricamente.

—Ya lo sabéis,—dijo Naná,—colóquese cada cual donde quiera... Así es más divertido.

Permanecía en pie en el extremo de la mesa. El anciano caballero, el incógnito, se había colocado á su derecha, mientras ella conservaba á su izquierda á Steiner. Sentábanse ya los convidados, cuando se oyeron en el saloncito furibundos reniegos. Era Bordenave, á quien habían dejado solo, y que pasaba to-

dos los trabajos del mundo para levantarse de los dos sillones, aullando y llamando á esa holgazana de Simona que había desaparecido con las demás. Acudieron las mujeres, llenas de compasión. Poco después, apareció Bordenave, sostenido, llevado por Carolina, Clarisa, Tata Nené y María Blond. ¡Y no fué floja la tarea de instalarse!

—¡En el centro de la mesa, enfrente de Naná!—gritaban.—¡Bordenave en el centro! ¡Nos presidirá!

Entonces, las mujeres le sentaron en el centro. Pero fué menester una segunda silla para la pierna. Levantáronse las dos mujeres, y la colocaron delicadamente. Eso no importaba ¡comería de lado!

—¡Voto á...!—gruñía él,—¡parece que estoy en un tiesto!... ¡Ah! ¡gatitas mías! ¡papá se encomienda á vosotras!

Tenía á Rosa Mignon á su derecha, y á su izquierda á Lucy Stewart, quienes prometieron cuidarle mucho. Actualmente, todo el mundo se acomodaba. El conde de Vandevres se sentó entre Lucy y Clarisa; Fauchery, entre Rosa Mignon y Carolina Hécquet. Del otro lado, Héctor de la Falaise se había precipitado para colocarse al lado de Gagá, á pesar de los llamamientos de Clarisa que estaba enfrente, mientras que Mignon, que no soltaba á Steiner, no estaba separado de él más que por Blanca y tenía á su izquierda á Tata Nené. Seguía después Labordette. Por último, en los extremos se hicieron el resto de la reunión: jóvenes, mujeres, Simona, Lea de Horn, María Blond, sin orden ni concierto. Allí Daguenet y Jorge Hugón simpatizaban á cada momento más, contemplando á Naná, con sonrisitas.

Sin embargo, viendo todavía que quedaban dos mujeres en pie, empezaron á darles broma. Los hombres ofrecían sus rodillas. Clarisa, que ni podía mover sus codos, decía á Vandevres que contaba con él para que le diese de comer. ¡Ese Bordenave ocupaba tanto espacio con sus sillas! Se hizo un último

esfuerzo, y todo el mundo pudo caber; pero Mignon gritó que estaban como arenques en barril.

—Puré de espárragos á la condesa, caldo á la Deslignac,—murmuraban los camareros, pasando los platos llenos por detrás de los comensales.

Bordenave recomendaba en alta voz el caldo, cuando surgió un grito. Protestaban, enfadábanse. La puerta acababa de abrirse, dando paso á tres rezagados, una mujer y dos hombres. ¡Ah! ¡no! decididamente esos estaban de sobras. Naná entretanto, sin levantarse, contraía los párpados, tratando de ver si les conocía. La mujer era Luisa Violaine. Pero á los hombres nunca los había visto.

—Querida,—dijo Vandeuves,—el caballero es oficial de Marina, amigo mío, el señor de Foucarmont, á quien invité.

Foucarmont saludó, con un gran desembarazo, añadiendo:

—Y yo me he tomado la libertad de traer á un amigo.

—¡Ah! ¡muy bien! ¡muy bien!—dijo Naná.—Sentáos... ¡Ea, Clarisa! hazte atrás un poco. Vosotros estáis muy anchos, ahí abajo... ¡Vaya! ¡un poco de buena voluntad!

Apretáronse todavía más. Foucarmont y Luisa obtuvieron para los dos un extremo de la mesa, pero el amigo hubo de sentarse á distancia de su cubierto, y comía alargando los brazos por entre los hombros de sus vecinos. Los camareros, después de apartar los platos de sopa, empezaron á circular embutidos de gazapillo con trufas y «niokys» á la parmesana. Bordenave amotinó á la mesa en peso refiriendo que había tenido intención, por un momento, de traer consigo á Prullière, Fontan y el viejo Bosc. Naná, revistiéndose de dignidad, dijo, secamente, que les habría recibido de lo lindo. Si hubiese querido tener allí á sus camaradas, ella misma se habría encargado de invitarlos. No, no; ¡nada de comiquillos!

El viejo Bosc siempre estaba borracho; Prullière se daba demasiadas infulas, y Fontan se hacía insoporable en sociedad con sus gritos y necedades. Además, ya se sabe que los comiquillos están fuera de su lugar, cuando se encuentran entre estos caballeros.

—Sí, sí, es verdad,—declaró Mignon.

En derredor de la mesa, estos caballeros, de frac y corbata blanca, estaban muy elegantes y correctos, con sus rostros pálidos, de una distinción que la fatiga acentuaba aún más. El caballero anciano accionaba lentamente, con fina sonrisa, como si estuviese presidiendo un congreso de diplomáticos. Vandeuves parecía hallarse en casa de la condesa Muffat, obsequiando á sus vecinas con exquisita galantería. Aquella mañana lo estaba diciendo Naná á su tía: en cuanto á hombres, no se podía pedir mejor; todos nobles ó todos ricos; en una palabra: hombres de *chic* (1) Y en cuanto á las mujeres, sabían presentarse muy bien. Algunas de ellas, Blanca, Lea y Luisa habían venido escotadas; sólo Gagá lo enseñaba quizá demasiado, tanto más, cuanto que á su edad hubiera hecho mejor no enseñarlo ni pizca. Ahora que cada cual ya tenía su sitio, las risas y las bromitas iban decayendo. Jorge recordaba que había asistido á cenas más alegres entre los burgueses de Orleans. Apenas se hablaba; los hombres que no se conocían, se miraban; las mujeres permanecían tranquilas, y esta última circunstancia era lo que más excitaba el asombro de Jorge. Encontraba la escena desabrida, pues había creído que todo el mundo se iba á abrazar y á besar inmediatamente.

Estaban sirviendo ya el tercer plato, una carpa del

(1) «Chic»: Esta voz tiene cinco acepciones principales: Distinción.—Elegancia en el traje ó en los muebles.—Sello artístico, originalidad.—Facilidad trivial, que no revela el menor estudio.—Mal género. (N. del T., tomada de Larchey).

Rhin á la Chambord y un asado de corzo á la inglesa, cuando Blanca exclamó en alta voz:

—Querida Lucy, el domingo encontré á vuestro Oliverio... ¡Qué crecido está!

—¡Diantre! ya tiene dieciocho años,—respondió Lucy,—eso no me hace muy joven... Ayer volvió á partir para su colegio.

Su hijo Oliverio, de quien hablaba con orgullo, era alumno de la Escuela de Marina. Entonces hablaron de los niños. Todas las damas se enternecían. Naná refirió sus grandes goces: su torro, su Luisito estaba actualmente en casa de su tía, que cada mañana se lo llevaba, sobre las once; y ella lo metía en su cama, donde jugaba con su faldero Lulu. Era cosa de morirse de risa verles á los dos esconderse, debajo de la sábana, en el fondo. No podía darse una idea de lo pillastrón que era ya Luisito.

—¡Oh! ¡ayer pasé un día!—contó á su vez Rosa Mignon.—Figuráos que había ido á buscar á Carlos y á Enrique á su colegio, y por la noche no tuve más remedio que llevarles al teatro... Saltaban y palmoteaban con sus manecitas: «¡Veremos representar á mamá!...» ¡oh, un alboroto! ¡un verdadero alboroto!

Mignon sonreía complaciente, húmedos sus ojos de ternura paternal.

—Y, durante la representación,—continuó éste,—estaban tan graciosos, serios como hombres, comiéndose á Rosa con la vista, preguntándose por qué mamá iba con las piernas desnudas...

La mesa en peso se echó á reír. Mignon triunfaba, lisonjeado en su orgullo de padre. Adoraba á los pequeños; sólo una idea les preocupaba: aumentar su fortuna, administrando con la rigidez de un intendente fiel, el dinero que Rosa ganaba en el teatro y fuera del teatro. Cuando casó con ella siendo director de orquesta en el café-concierto donde ella cantaba, amábanse los dos apasionadamente. En la actualidad, eran buenos amigos. Era cosa concertada en-

tre ambos: ella trabajaba cuanto podía, con todo su talento y toda su belleza; él había colgado su violín para vigilar mejor sus éxitos de artista y de mujer. Con dificultad se encontraría otro matrimonio más burgués, ni más unido.

—¿Qué edad tiene el mayor?—preguntó Vandevres.

—Enrique tiene ocho años—respondió Mignon;—¡pero es mocetón ya!

Después, se burló de Steiner, á quien no le agradaban los niños; y decíale, con aire de tranquila audacia que, si fuese padre, dilapidaría menos neciamente su fortuna. Al par que hablaba acechaba al banquero por encima de los hombros de Blanca, á fin de ver si la cosa se arreglaba con Naná. Pero desde hacía algunos minutos, tenía intranquilo Rosa y Fauchery, que conversaban muy arrimaditos. Sin duda Rosa no iría á perder su tiempo en semejante tontería. Si tales cosas ocurrían, el marido poníase de pormedio. Y con su bella mano, en cuyo menique resplandecía un brillante, llevóse á la boca un trozo de filete.

Por lo demás la conversación continuaba sobre los niños. La Falaise, lleno de turbación por la proximidad de Gagá, pedíale noticias de su hija, á quien tuvo la satisfacción de ver con ella en Variedades. ¡Lili estaba muy buena; pero era tan chiquitilla aun! Héctor quedó sorprendido al saber que Lili iba á cumplir sus diecinueve años. Gagá se hizo más imponente á sus ojos. Y como tratase de saber por qué razón no había traído á Lili.

—¡Oh, no, no! ¡jamás!—dijo ella, frunciendo el ceño.—Aun no hace tres meses que quiso salir absolutamente del colegio... Yo soñaba en casarla en seguida... Pero ¡me quiere tanto, que no tuve más remedio que traérmela á casa! ¡ah! muy á pesar mío...

Sus azulados párpados, de quemadas pestañas, se agitaban en guiños, mientras hablaba del acomodamiento de su hija. Sí, á su edad no había logrado ahorrar un sueldo, trabajando siempre y teniendo aún hom-

bres, sobre todos jovencitos, de quienes hubiera podido ser abuela, era prueba de que un buen matrimonio valía muchísimo más. Y se inclinó hacia la Faloise, quien se ruborizó bajo el enorme hombro desnudo y lleno de blanquete con que le aplastaba.

—Sabed,—murmuró,—que si mi hija se deja engañar, no será por mi culpa... ¡Pero es tan poco precavida una, en la juventud!

En torno de la mesa había gran movimiento. Acababa de aparecer el otro servicio: pollos á la mariscalá, filetes de lenguado en salsa «ravigote», é hígados de pato cebado. El mayordomo, que hasta entonces había hecho escanciar Meursault, ofrecía Chamberlin y Leóville. En la ligera baraunda del cambio de platos, Jorge, cada vez más atónito, preguntó á Daguenet si todas aquellas señoras tenían hijos; y éste, á quien hizo gracia la pregunta, entró en detalles. Lucy Stewart era hija de un engrasador, inglés de origen, empleado en la estación del Norte; treinta y nueve años, una cabeza de caballo, pero encantadora; tísica, sin morir nunca; la dama de más *chic* entre todas ellas... tres príncipes y un duque. Carolina Héquet, nacida en Burdeos de un empleadillo, muerto de vergüenza, tenía la suerte de poseer por madre una mujer de tesón que, después de haberla maldecido, se reconcilió con ella, al cabo de un año, queriendo, al menos, salvarle una fortuna; la hija, de veinticinco años, pasaba por ser una de las más hermosas mujeres que pudiesen poseerse, á un precio invariable; la madre, mujer de orden, llevaba los registros, una contabilidad severa de los ingresos y de los gastos, y dirigía todo el tren de la angosta habitación en que vivían, dos pisos más arriba, y donde había instalado un taller de costureras de vestidos y ropa blanca. En cuanto á Blanca de Sivry, cuyo verdadero nombre era Santiagueta Bandu, procedía de una aldea de cerca de Amiens; magnífica hembra, necia y embustera, dándose por nieta de un general y no confe-

sando sus treinta y dos años; muy apetecida de los rusos, á causa de sus carnes. Después, rápidamente, añadió Daguenet una palabra sobre las otras: Clarisa Besnus, traída, en calidad de camarera, de Saint-Aubin-sur-Mer, por una señora, cuyo marido la había lanzado á la gran vida; Simona Cabiroche, hija de un ebanista del arrabal Saint-Antoine, educada en un gran colegio para ser institutriz; y María Blond, y Luisa Violaine y Lea de Horn, crecidas todas en el arroyo parisiense, sin contar á Tata Nené, que había guardado vacas hasta los veinte años, en la Champaña piojosa. Jorge escuchaba, mirando á aquellas damas, aturdido y excitado por ese desembalaje brutal, hecho crudamente á su oído, mientras que, tras de él, los camareros, repetían, con respetuosa voz:

—Pollos á la mariscalá... Filetes de lenguado en salsa «ravigote...»

—Querido,—dijo Daguenet imponiéndole su experiencia,—no toméis pescado, es peligroso á estas horas... Contentáos con el Leóville, que es menos traidor.

Elevábase un pesado calor de los candelabros, de los platos paseados, de la mesa entera donde treinta y ocho personas se sofocaban; y los camareros, distrayéndose, corrían sobre la alfombra, que se manchaba de grasa. Sin embargo, la cena no se alegraba gran cosa. Las damas gazmiaban, dejando la mitad de los platos. Únicamente Tata Nené se tragaba cuanto le ponían delante, glotonamente. A aquella hora adelantada de la noche, sólo había allí hembras nerviosas, caprichos de estómago desordenado. El caballero anciano del lado de Naná rehusaba todos los platos que le presentaban; no había tomado más que una cucharada de sopa y, mudo ante su plato vacío, miraba. Bostezaban con discreción. De vez en cuando, cerrábanse algunos párpados, y algunas caras se ponían ferrosas; aquello era un aburrimiento, como siempre en lances tales, seguía la frase de Vardeuvres.

En cenas así, para divertirse, no debían guardar-

se miramientos. De lo contrario, si había de cenarse virtuosamente, como el buen tono manda, lo mismo daba comer entre gentes honestas, donde era imposible fastidiarse más. A no ser por Bordenave, que proseguía aullando, hubiéranse dormido todos. Ese animal de Bordenave, con su pierna estirada, dejábase servir, con aire de sultán, por sus vecinas Lucy y Rosa, que sólo se ocupaban de él, cuidándole, mimándole, vigilando su copa y su plato, lo cual no le impedía quejarse:

—¿Quién me cortará la carne?... Yo no puedo; la mesa está á una legua.

A cada momento, Simona se levantaba, y se mantenía en pie á su espalda, para cortarle la carne y el pan. Todas las mujeres se interesaban en lo que comía. Llamaban á los camareros, y le atracaban hasta sofocarle. Habiéndole limpiado Simona la boca mientras Rosa y Lucy le cambiaban el cubierto, encontró la cosa muy graciosa, y dignándose al fin mostrarse contento:

—¡Eso es!—dijo,—¡estás en lo cierto, hija mía!... ¡La mujer no ha sido hecha para otra cosa!

Animóse un tanto la reunión y la conversación se generalizó. Daban fin á los sorbetes de naranja. El asado caliente era un filete con trufas, y el frío, una gelatina de pintada «á la gelée.» Naná, á quien la falta de expansión de los concurrentes tenía enfadada, habíase puesto á hablar en alta voz:

—¿No sabéis que el príncipe de Escocia ha encargado un palco proscenio para asistir á la «Rubia Venus», cuando venga á la Exposición?

—Confío en que todos los príncipes pasarán por allí,—declaró Bordenave, con la boca llena.

—Se espera al shah de Persia el domingo,—dijo Lucy Stewart.

Entonces, Rosa Mignon habló de los diamantes del shah; el shah llevaba una túnica enteramente cubierta de pedrería, una maravilla, un astro resplandecien-

te, que representaba millones. Y las damas, pálidas, brillando la codicia en sus ojos, alargaban el cuello, citando á los otros reyes y á los otros emperadores que se esperaban. Todos soñaban en algún capricho regio, en una noche pagada con una fortuna.

—Decid, querido,—preguntó Hécquet á Vandevres, inclinándose:—¿qué edad tiene el emperador de Rusia?

—¡Oh! ¡no tiene edad!—respondió riendo el conde.—¡Nada hay que hacer con él, os lo prevengo!

Naná fingió darse por ofendida. La frase parecía demasiado cruda; protestóse con un murmullo. Blanca daba detalles sobre el rey de Italia, á quien vió en cierta ocasión, en Milán; no era muy guapo, pero eso no le impedía poseer á todas las mujeres; y quedó malhumorada cuando Fauchery aseguró que Víctor Manuel no podía venir á París. Luisa Violaine y Lea de Horn estaban por el emperador de Austria. De improviso, oyóse á la pequeña María Blond, que decía:

—¡Vaya un vejete secucho el rey de Prusia!... Yo estaba en Baden, el año pasado. Siempre se le encontraba con el conde de Bismarck.

—¡Toma! ¡Bismarck!—interrumpió Simona.—A ese le conozco... Un hombre encantador.

—Lo mismo decía yo ayer,—exclamó Vandevres,—y nadie quiso creerme.

Y, al igual que en casa de la condesa Sabina, ocupáronse extensamente del conde Bismarck. Vandevres repitió las mismas frases. Por un momento, pareció aquello el salón de los Muffat; únicamente las mujeres eran otras. Precisamente, se pasó á hablar de música. Después, habiendo soltado Fourcamont una palabra tocante á la toma de velo de que todo París hablaba, Naná, interesada, quiso absolutamente que le diesen detalles sobre la señorita de Fougueray. ¡Pobrecilla, enterrarse viva de aquel modo! En fin ¡si era vocación! En torno de la mesa, las mujeres estaban muy conmovidas. Y Jorge, fastidiado de oír es-

tas cosas por segunda vez, interrogaba á Daguenet sobre los hábitos íntimos de Naná, cuando la conversación recayó fatalmente sobre el conde de Bismarck. Tata Nené se inclinaba al oído de Labordette, fríamente, le contó historias enormes: el tal Bismarck comía carne cruda; cuando encontraba á una mujer cerca de su madriguera, se la llevaba cargada al hombro; de esta suerte había tenido ya treinta y dos hijos, á los cuarenta años.

—¡A los cuarenta años, treinta y dos hijos!—exclamó Tata Nené estupefacta y conmovida. ¡No debe estar poco fatigado para su edad!

Los comensales soltaron el trapo á la risa, y entonces comprendió que se burlaban de ella.

—¡Sois un necio! ¿he de saber yo, acaso, si habláis en broma?

Entretanto, Gagá seguía hablando de la Exposición. Lo mismo que todas esas señoras, se regocijaba y se preparaba. ¡Buena temporada aquella! ¡La provincia arrojándose sobre París! Tal vez, por fin, acabada la Exposición, si los negocios habían sido fructuosos, podría retirarse á Juisvy, á una casita á la que había echado el ojo desde hacía largo tiempo.

—¿Qué queréis?—le decía á la Faloise,—¡no se consigue nada!... ¡Si una fuese amada, menos!

Gagá se hacía la tierna, porque había sentido la rodilla del joven arrimada á la suya. Héctor estaba hecho un grana. Ella, á la vez que ceceando, lo media de una ojeada. Un caballero no muy pesado; pero Gagá no era ya descontentadiza. La Faloise obtuvo sus señas.

—Mirad,—murmuró Vandeuvres á Clarisa,—creo que Gagá os birla á vuestro Héctor.

—¡Me tiene sin cuidado!—respondió la actriz.—Es un idiota ese mozo... Ya le he mandado dos veces á paseo... A mí, cuando se dedican á las viejas, los mocosos me dan asco.

Y se interrumpió, para indicar con un leve signo

á Blanca que, desde el principio de la cena, permanecía inclinada en una posición muy inconveniente, engallándose, queriendo mostrar sus hombros al caballero anciano que estaba sentado á tres sillas de distancia.

—También á vos os dejan, querido,—repuso.

Vandeuvres sonrió finamente, con un gesto de indiferencia. Ciertamente no sería él quien impidiese á la pobre Blanca que hiciera una conquista. Más le interesaba el espectáculo que Steiner daba á la mesa entera. Conociase al banquero por sus corazonadas; ese terrible judío alemán, ese amasador de negocios, en cuyas manos se derretían los millones, se volvía imbécil cuando se encaprichaba por todas; no podía aparecer una en el teatro, sin que él la comprara, por cara que fuese. Se citaban cantidades. Por dos veces, su furioso apetito de muchachas le había arruinado. Como decía Vandeuvres, las muchachas vengaban á la moral, limpiando su caja.

Una gran operación sobre las Salinas de las Landas le había devuelto su potencia en la Bolsa, y los Mignon, desde hacía seis semanas, hincaban el diente en las Salinas. Pero ya se empezaba á apostar á que no serían los Mignon los que acabarían este filón, al ver á Naná enseñando sus blancos dientes. Steiner estaba encaprichado otra vez más y tan rudamente que, junto á Naná, permanecía como aplastado, comiendo sin hambre, colgante el labio y jaspeado de manchas el rostro. Naná no tendría más que decir una cifra. Sin embargo, no se apresuraba, divirtiéndose con él, vertiendo sus risas en su velluda oreja, y regocijándola los estremecimientos que agitaban aquel grueso rostro. Siempre habría tiempo de arreglar la cosa, si decididamente ese imbécil de conde Muffat se empeñaba en proseguir su papel de casto José.

—¿Leóville ó Chambertín?—murmuró un camarero alargando la cabeza entre Naná y Steiner, en el momento en que éste hablaba al oído de la joven.